

un marco constitucional no confesional⁷. Y *El Debate*, en diciembre de 1933, conteniendo la explosión de fuerza y confianza que se derivaba del triunfo electoral de la CEDA, no dudó en publicar una editorial que respaldaba la opción de una derecha católica leal al régimen, sujeta a sus instituciones y confiada en los mecanismos legales de reforma constitucional⁸. Mucho le disgustó eso a *ABC* y a *El Siglo Futuro*, que contraatacaron como pudieron recordando al máximo órgano de la CEDA la experiencia de 1931-33; no les faltaba algo de razón: un bienio en el que *El Debate* había sido cerrado dos veces por decisión gubernativa, sin que se demostrase o aportara prueba de que hubiera violado la ley y, por tanto, sin garantía judicial alguna; un bienio en el que se había legislado el cierre de los colegios dirigidos por religiosos, disuelto la Compañía de Jesús

sin posibilidad de cursar el recurso previsto por la Constitución ante el Tribunal de Garantías, permitido más de un centenar de incendios contra edificios religiosos... Si ante ese panorama que recordaba *ABC*, *El Debate* apoyó la opción basada en una escrupulosa prudencia política que incluía el apoyo parlamentario a los radicales — para mayor escarnio, antiguos *comecuras*— no cabe otra cosa que ser cautos a la hora de, primero, minusvalorar el papel de la doctrina del accidentalismo o el posibilismo cedista y, segundo, sobrestimar ciertos contenidos de la *Revista de Estudios Hispánicos*, órgano doctrinal de algunos cedistas que apareció al calor de los acontecimientos del segundo bienio y careció, además, de la difusión, coherencia y continuidad temporal de *El Debate*.

MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO

Vicente Cacho Viu

El nacionalismo catalán como factor de modernización,
Quaderns Crema, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes,
Barcelona, 1998.

Resulta ciertamente incómodo reseñar, criticar, la obra de un profesor desaparecido no hace mucho tiempo. Todos ad-

mirábamos a Vicente Cacho. Su charla, llena de anécdotas y sucesos, resultaba fascinante. El profesor Cacho era un gran con-

⁷ DSSC, 8 de octubre de 1931, pág. 1529.

⁸ Edit. «Los católicos y la República», en *El Debate*, 15 de diciembre de 1933. La respuesta de *ABC* el 16 de diciembre de 1933; para ellos eran, precisamente las normas de la Iglesia las que «imp[edían] la incorporación de los católicos a la República». También *El Siglo futuro*, 15 de diciembre de 1933.

versador, un hombre de talante abierto. Las diferencias de opinión quedaban amortiguadas. Ahora solo nos quedan fríos textos para glosar.

Vicente Cacho venía de una tradición intelectual que pudiéramos llamar intransigente. Había sido discípulo de Florentino Pérez Embid, entusiasta de las glorias católicas, en sentido ultramontano. Resulta sorprendente que el primer libro de Cacho estuviera dedicado a la Institución Libre de Enseñanza, a la que Pérez Embid y los suyos solían motejar de antiespañola, compendio y cifra de todos los males, verdadero chivo expiatorio de la decadencia española. El libro de Cacho, por el contrario, reivindicaba a la Institución; simpatizaba con Sanz del Río, con Giner y su esfuerzo pedagógico. La historia proyectada de la Institución quedó trunca en el primer volumen publicado en 1962. Una interrupción que, probablemente, tuvo que ver con el favorable enfoque que demostraba.

Vicente Cacho solía contar su encuentro con Barcelona, después de recalar allí en los años cincuenta. Una ciudad moderna, europea, que contrastaba con el Madrid de aquellos años franquistas. Y en Barcelona, en la biblioteca del Ateneo, junto al rumoroso jardín de la calle Canuda, encontró su segundo amor historiográfico: el nacionalismo catalán. Si la Institución Libre de Enseñanza había sido maldita, el nacionalismo catalán, en sus versiones

más moderadas, había encontrado una curiosa comprensión en sus maestros. Recordemos que Pérez Embid fue, junto a Calvo Serer, uno de los interlocutores madrileños de Vicéns Vives.

Amor al catalanismo político es lo que demuestra Cacho en los artículos que componen el libro «El nacionalismo catalán como factor de modernización». Dos enfoques recorren esta obra. El primero es, por así decir, funcional. Responde a la conocida teoría que hace del nacionalismo el resultado de la modernización industrial y urbana, contribuyendo también a ella. Esta parte de la obra de Cacho resulta la más convincente, poniendo énfasis en los aspectos literarios y culturales del primer nacionalismo catalán. Es correcto, sin duda, resaltar la contribución del nacionalismo a la llegada de la política moderna de masas, o la obra educativa de la Mancomunidad dirigida por Prat de la Riba. Algo menos resulta el ensalzar la obra de normalización lingüística, y nada convincente el tratar de, ¿cómo decirlo?, rebautizar de «catolicismo ilustrado» el conocido filón integrista del primer catalanismo. Las recomendaciones de predicar la palabra divina en catalán en parroquias barcelonesas, el énfasis que ponía la propaganda nacionalista en la irreligiosidad de los emigrantes —y del conjunto de los españoles— nada tienen que ver con la ilustración ni con la moderniza-

ción. El nacionalismo solía establecer la ecuación: emigración=lerrouxismo=ateísmo=España.

Ello nos lleva al segundo enfoque de Cacho, que consiste en la interpretación del nacionalismo por obra del mito nacionalista. Hubo, según el mito, un momento de plenitud. Luego vinieron los tiempos recios de persecución y «desnacionalización». Luego el resurgir. El profesor Cacho no vacila en sostener la existencia de una «personalidad» colectiva formada en el alba de los tiempos medievales; personalidad «desdibujada y oprimida durante siglos»; personalidad que el nacionalismo trató de vigorizar. La empresa consistió, pues, en la «toma de conciencia» de la personalidad nacional. Todo ocurre como si Cataluña fuera un hombre grande, con memoria, entendimiento y voluntad; un hombre que hubiera sido atacado de sonambulismo y que luego despertara a su ser original. Los deslices de vocabulario de Cacho son frequentísimos. El intérprete no se distingue de las voces que comenta. La causa del nacionalismo es la del propio Cacho. El pluralismo político considerado es el «intracatalán», o sea, el de partidos de obediencia nacionalista; como si el resto fuera cosa de importación. Suele preferir eufemismos como «monarquía española», «naciones hispánicas» en lugar de España. Del lado de Cataluña se encuentra la naturaleza

y la vida. Del otro lado del Ebro el artificio, la enfermedad. Artificio el de la Restauración, «artificial turno», caciquismo, inmovilismo y otros ismos. Se hace presente la panoplia denigratoria del nacionalismo catalán. Los sucesores de Cánovas se asemejan a un «pantano». El catalán había sido «contaminado» por el castellano. Lo español tiene siempre un aire vetusto. El nacionalismo español es «paleo-nacionalismo», mientras que el nacionalismo catalán, ¡ah!, siempre es moderno. Desde Torras y Bages hasta Jordi Pujol. Tanta modernidad pone en sospecha al lector. ¿No se tratará más bien de una de tantas imágenes narcisistas? Que un autor como Bofill i Matas, tan partidario del nacionalismo integral, fundador de Acció Catalana, sea separado de sus orígenes maurrasianos por Cacho; que Eugenio d'Ors, otro maurrasiano, sea algo así como un episodio sin trascendencia en la vida barcelonesa, roza la incorrección flagrante. Los maurrasianos, para Cacho, son los otros, la derecha española, amunicionada «antes de lo que suele pensarse». El primer estatuto catalán, el de 1932, fue promulgado durante la Segunda República. Pero resulta que, según Cacho, el republicanismo era una suerte de «jacobinismo reformista». La manera en que el jacobinismo —incurable enfermedad española— se compadece con la autonomía regional es algo que Cacho pasa por alto.

El profesor Cacho tenía de la cultura una idea algo vetusta, reñida con cualquier pluralismo. La cultura puede ser vista como un tejido de creencias, de maneras de pensar, de relatos; algo coyuntural y en evolución, en constante intercambio y coexistencia con culturas distintas. Lejos de ello, para Cacho, como

para el nacionalismo etnolingüístico, la cultura es una especie de totalidad cerrada, sistemática, esencial. Cataluña es, por tanto, un espacio «perfectamente delimitado geográficamente y culturalmente». Una idea nada moderna y, por desgracia, muy siglo XX.

JAVIER VARELA

Michael Richards

A time of silence. Civil war and the culture of repression in Franco's Spain, 1936-1945,
Cambridge University Press, 1998.

Dice Juan Benet (*La sombra de la guerra*), y yo estoy de acuerdo con él, que la guerra civil ha sido el acontecimiento más importante de la España contemporánea. En su opinión, que hago mía, «nada ha conformado de tal manera la vida de los españoles del siglo XIX y todavía está lejos el día en que los hombres de esta tierra se puedan sentir libres del peso y la sombra que arroja todavía aquel funesto conflicto». Y en efecto, sus consecuencias se manifestaron muy pronto en el devenir de la vida española de la inmediata postguerra y su rastro, o su sombra, planea todavía sobre nosotros cuando nos acercamos al término del milenio. La normalidad con la que se quiere ahora contemplar la historia española contemporánea salta por los aires si verdaderamente se calibran las hondas repercusiones que nos dejó el 18 de julio de 1936. Ningún otro

país europeo pretendería haber tenido una «historia normal», si en su suelo se hubiera desatado el intenso y desgarrador conflicto interno que sufrió la sociedad española durante tres largos años de guerra civil.

Sin duda los peores años fueron los transcurridos durante el propio conflicto y los inmediatamente posteriores, que coincidieron además con una guerra a escala continental. Casi tres décadas de contrarrevolución, de aislamiento y de retroceso en todos los órdenes. El libro de Michael Richards, producto de una tesis doctoral dirigida por Paul Preston, describe los principales rasgos políticos, económicos y culturales de esa España regida por Franco desde su aterrizaje en la península en el verano de 1936. El hilo conductor de su razonamiento y el concepto esencial en torno al cual gira toda su argumentación es el de autosuficiencia, o si se prefiere